

Caballero Bonald mira de lejos



PARA TRANSCRIBIR EL inicio de su recorrido vital, sus primeros 27 años, el autor ha querido parapetarse tras la palabra novela en el subtítulo *La novela de la memoria*, con la intención de mostrar su conciencia de las ambigüedades y trampas de la escritura autobiográfica, pero también para librarse al placer del relato sin reparar en los errores de la memoria o en la necesidad de una supuesta fidelidad a la verdad a toda costa. Así, ya a poco de iniciar el relato nos advierte: "Se trata, simplemente, de un intento de recuperar ciertas sensaciones que aún se albergan en mi memoria y no de ninguna fidedigna información sobre esa memoria". Reincidirá en afirmaciones de este estilo a lo largo del texto, pero sin dar pie a consideraciones teóricas que interrumpen el fluir del relato.

La palabra novela puede hacer dudar de la adscripción del texto a un determinado género: pero no siendo novela, la obra se acerca a los esquemas de la autobiografía y las memorias, compartiendo de ambos algunas de sus características.

La razón para esta mixtura está en el objetivo que parece perseguir la obra. En *Tiempo de guerras perdidas*, Caballero Bonald da la impresión en muchas ocasiones de querer mostrar más que de mostrarse, de retratar a unos familiares, unos amigos, unos conciudadanos, una época, engastados en un trabajado estilo, lírico en ocasiones, mordaz en otras. Nunca desaparece entre sus personajes la figura de Caballero Bonald, su progresión vital es el hilo de la obra. Pero en ocasiones el autor parece complacerse en dejarse robar protagonismo por esa pequeña "colmena" de personajes que le rodean, por los ambientes y la realidad social que comparte con ellos. En esos momentos el autor se aparta de lo autobiográfico y parece decantarse hacia lo memorialístico. El resultado de ese mirar hacia fuera es el retrato veloz y amargo, feroz y preciso de la posguerra, del Jerez natal encorsetado en sus rígidas normas sociales, de los bajos fondos de Cádiz, del deprimente Madrid de la época y de la no menos deprimente vida de los artistas de entonces, incluidos los mejores. El acierto de la mirada va unido a la habilidad artística con la que se narra la evolución de la interioridad del personaje. Esta característica doble mirada: interna y externa (el relato de la evolución psicológica del personaje y el relato de su actuar en los entornos sociales en

que vive), acerca esta obra a novelas del tipo del *Bildungsroman*, novelas de aprendizaje. Nos hallamos de nuevo ante el impulso novelístico que sugiere Bonald desde el subtítulo. A dicho impulso novelístico contribuye el funcionamiento de esa mirada interior que busca siempre el espacio al que quedó anclado el recuerdo, el rincón ciudadano o campestre de su pasado, el objeto al que el tiempo, por sus sutiles mecanismos ha fiado -incluso en el presente, en el tiempo de la escritura- la intimidad: "Ahora, mientras recupero en parte esos recuerdos, siento la sensible cercanía del híbrido olor que se había ido adhiriendo como una textura a las paredes de esas habitaciones"(p. 10).

Al previsible desarrollo de la interioridad del joven Bonald (juegos, escuela, familia, primeros amores -y sus detalles eróticos-, dudas e intentos juveniles de autoafirmación en busca de una identidad), más o menos similar a la de cualquier niño y luego adolescente de la época, se superpone la vocación literaria, detalladamente referida. Señala el autor sus primeras lecturas, sus primeras publicaciones en revistas locales, etc. A propósito de esas lecturas juveniles suele insistir Bonald en cómo éstas han llegado a mediatizar sus experiencias. Es lo que el autor califica como su "tendencia a la novelería". Una tendencia que puede ofrecer más pistas sobre el por qué considerar este texto como *novela de la memoria*. Por otro lado, la evolución de los gustos literarios del autor constituye la mejor forma de observar su desarrollo interior, al no prodigarse Caballero Bonald en indagaciones acerca de los rincones de su alma.

Donde la capacidad artística de Bonald se manifiesta plenamente es en esa mirada hacia fuera. El primero de sus logros es el capítulo dedicado a los "acostados" de su familia. El autor nos invita a pasearnos por esta curiosa galería de personas que deciden no levantarse de la cama por varios años, o que lo hacen en los momentos más insospechados, sin que, aparentemente, ningún motivo les lleve a semejantes actos. Aquí demuestra sin duda Caballero Bonald su maestría para enhebrar un relato apasionante y ágil. Esa maestría vuelve a ponerse de manifiesto en el relato de las andanzas y trapacerías del joven Bonald en Madrid, en el inicio de los años cincuenta. A esta ciudad llega nuestro autor con su

primer libro de poemas a punto de publicar -*Las adivinaciones*, Adonais, 1952. Las ilusiones del principiante chocan con la dimensión del desastre moral en que se halla el país en plena posguerra. Es el retrato de una época, aunque sólo sea a través de sus artistas. La vileza del ambiente, el peso de la censura sobre las actividades culturales, la estrechez de miras de la cultura oficial y las dificultades económicas de los artistas no oficiales -la vida en una pensión con Carlos Edmundo de Ory - y aún de los establecidos, se cuelan en el alma de todos: poetas, novelistas, escultores, pintores... Bonald, desde su peculiar oficio en las oficinas de la Bial de Arte a las órdenes del inestable Luis Panero, les observa, no menos inmerso que ellos, en la sordidez del ambiente.

Es el estilo de la prosa de Bonald el que da fuste al relato, remontándose por encima de la materia narrada, repartiendo sarcasmos e ironía sobre las taciturnas cabezas de la época. En ese estilo que roza el esperpento va embutido el juicio moral de Bonald sobre aquellos años. Un juicio que el humor impide que se convierta en insulto vengativo o que devenga en discurso moralista: "No aquella tarde, sino algún tiempo después me enteré que Dámaso solía dar esas batidas de bebedor y putañero, lo cual me pareció una suerte de lisonjera contrapartida a su acrimonia profesoral" (p. 314).

La aparente falta de convicciones políticas y sociales que caracterizan al protagonista evita que en el texto aparezca ningún análisis político que pretenda explicar aquellos años. Este hecho refuerza el retrato de la época con una cierta "objetividad", matizada por ese estilo que, como ya hemos dicho, deja a cada cual en su sitio. Pero que el joven Bonald no tenga inclinaciones políticas definidas no significa que acepte la realidad de su tiempo. Frente a ella opone su actividad artística como rebeldía. La fealdad ética y estética de su sociedad (las carencias de la cultura del momento, su vulgaridad, su pacatismo, su retoricismo vacío, etc.) le llevan a buscar en Madrid el desahogo del cultivo de la inteligencia.

En Madrid, hacia el fin de este primer volumen, entre la miseria moral y económica de cada día, no encuentra el artista ese espacio de libertad que venía buscando. El desánimo se adueña del joven Bonald. La situación se agrava ante la necesidad de

cumplir -el peso de la sociedad se cierne de nuevo sobre la voluntad del artista- el último tramo del servicio militar en Cádiz. Pero la tenacidad del joven Bonald deja abiertas las esperanzas para un siguiente volumen. Al término de su obligado compromiso con el ejército el escritor consigue una beca para estudiantes que le permitirá regresar a Madrid: "Ya sólo me quedaba sacar el billete de tercera para el que

habría de ser mi definitivo viaje a Madrid. Seguro que viví entonces ese instante de atávica lucidez que atraviesa las edades pasadas y se instala sucesivamente en el presente. Sabía que iba a acordarme muy bien de todo eso cuarenta años después (p. 364)". Así ha sido, y la perspectiva que tan novelescamente deja abierta en estas últimas palabras de este primer volumen auguran una no menos brillante continuación.

Ricardo Fernández Romero



El primer volumen de la obra de Ricardo Fernández Romero, *El tiempo de guerras perdidas*, editado por Taurus, recoge los recuerdos de un joven escritor que vivió en Cádiz durante la guerra de independencia. El libro está dividido en tres partes: la primera describe la vida cotidiana en la ciudad, la segunda relata las experiencias de guerra y la tercera trata de la vida en el exilio. El autor utiliza un lenguaje claro y directo, lo que hace que el libro sea muy interesante para los lectores que deseen conocer la historia de España durante este período. El libro está escrito en un estilo que mezcla la prosa con la poesía, lo que le da un carácter único. El autor también incluye una introducción que contextualiza la obra y una bibliografía que permite al lector profundizar en el tema. El libro es una obra importante que contribuye a la historia literaria y cultural de España.

Yo tengo una opinión sobre la guerra de independencia que es la opinión de un periodista. Yo creo que la guerra de independencia fue una guerra que se ganó, pero que se ganó a un precio muy alto. Yo creo que la guerra de independencia fue una guerra que se ganó, pero que se ganó a un precio muy alto. Yo creo que la guerra de independencia fue una guerra que se ganó, pero que se ganó a un precio muy alto.

La obra de Ricardo Fernández Romero es una obra importante que contribuye a la historia literaria y cultural de España. El autor utiliza un lenguaje claro y directo, lo que hace que el libro sea muy interesante para los lectores que deseen conocer la historia de España durante este período. El libro está escrito en un estilo que mezcla la prosa con la poesía, lo que le da un carácter único. El autor también incluye una introducción que contextualiza la obra y una bibliografía que permite al lector profundizar en el tema. El libro es una obra importante que contribuye a la historia literaria y cultural de España.